

Valérie Mréjen
LA JOVEN ARTISTA

TRADUCCIÓN DE VANESA GARCÍA CAZORLA

EDITORIAL PERIFÉRICA

Pronto debería llegar una carta de confirmación. Contendrá la convocatoria para hacer el examen de ingreso, con la dirección, la fecha y la hora. Habrá que mostrar el dossier, alzar una carpeta llena de dibujos que deberá colocarse horizontalmente encima de una mesa rectangular de tablero estratificado y desanudar las desgastadas cintas que hay a los tres lados tirando de ellas sin mostrar el nerviosismo que encierra ese gesto habitual y cotidiano, repetido tan a menudo, hacerlo con desenvoltura y sin pensarlo siquiera, un gesto que, sin embargo, ese día habrá de hacerse ante los miembros de un tribunal, y la cosa cambia. Será preciso aplacar el temblor que delatan las manos, ahora entumecidas, pálidas y rojas al mismo tiempo, y levantar, como la tapa de un cofre del tesoro en el que se esconden unos mapas secretos, el lateral del portafolio, que está algo abombado a causa del grosor de las hojas y la humedad. Una a una, habrá

que ir girando las láminas realizadas durante ese año preparatorio –pasteles al óleo, pasteles secos; dibujos a lápiz, al carboncillo; *gouaches*, acrílicos, estudios anatómicos– mientras se abriga la esperanza de que el tribunal, seguro de su olfato, con una mirada rápida y sagaz, sea capaz de discernir ciertas cualidades que habrán de confirmarse entre un conjunto desigual. Tendremos que encontrar la velocidad apropiada para ir pasándolas y así darles tiempo a examinarlas todas, a detenerse aquí o allá, sin demorarnos demasiado para que no nos tomen por personas pusilánimes o incluso complacientes, para no arriesgarnos a exasperar a los miembros del tribunal, a provocarles gestos de impaciencia más o menos reprimidos. Suspiros o, peor aún, una mirada al reloj.

Deberemos procurar asimismo no ir demasiado deprisa, ya que podría resultar frustrante y dar la impresión de que intentamos abreviar, de que nos da un poco de vergüenza. Sobre todo, deberemos intentar asumir la autoría de las imágenes que estaremos presentando sin un orgullo desbordante pero sin censurarnos tampoco, encontrar ese punto intermedio casi un poco mecánico y aparentar que nos sentimos cómodos, que lo hacemos con la mayor naturalidad.

Por la mañana temprano, habrá que prepararse antes de que amanezca, como cuando se va de

vacaciones, y salir con tiempo de sobra por si hay algún percance con el transporte, un accidente o alguna avería. Si mañana perdemos el tren de cercanías delante de nuestras narices y, en lugar de verlo aparecer triunfante por el túnel, lo vemos alejarse dando un huidizo silbido, deberemos esperar al siguiente sin que el corazón se nos acelere más de la cuenta, sentarnos en un asiento de chapa esmaltada, relativamente tranquilos gracias al amplio margen de tiempo que hemos previsto por si acaso. Respirar con normalidad el confinado aire de la estación, donde flota un tufo a huevos podridos, bajo una luz de democrática blancura que conferirá a todo el mundo un aire enfermizo.

Es muy probable que en el camino nos crucemos con otros candidatos. Aspirantes a artistas con el mismo semblante angustiado, el mismo perfil, una carpeta de cartón bajo el brazo, un aspecto de lo más estudiado, a veces excesivamente llamativos de lejos, desde el otro extremo del andén, con los vaqueros extragrandes y un mechón de pelo esmeralda, minifaldas escocesas y *piercings*, medias de rejilla con agujeros más grandes hechos a propósito, un libro con las esquinas dobladas asomando por un bolsillo, pero en ese momento nadie se sentirá tan relajado como para hablar con los demás, como se hace en las escaleras de un edificio, donde si alguien va detrás de otra

persona con una botella en la mano le dice: anda, creo que vamos al mismo sitio.

Todos esperamos lo mismo, atravesar esa misteriosa barrera, la primera de dos. Somos tantos que es mejor no saber cuántos pasarán a la segunda ronda ni en qué porcentaje. Todos esos jóvenes, reconocibles a tan sólo unos asientos de distancia en el vagón, con los que intuimos que tenemos algo en común, a los que espiamos discretamente, a los que escudriñamos a hurtadillas sin atrevernos a mirarlos a los ojos, son competidores potenciales pero puede que también futuros amigos. ¿Son sobresalientes, mucho mejores que nosotros? Nada permite adivinarlo. El viaje, bastante largo, está salpicado de comprobaciones para estar seguros de que no nos hemos equivocado de línea, entre el plano impreso de la red de trenes y los letreros de cada nueva estación por la que pasamos.

Nuestra mirada pasa de un lado al otro para no perdernos nada. A este lado, las vías del tren; al otro, casitas con jardín. A lo mejor sería buena idea decirle al tribunal unas palabras sobre el paisaje que hemos visto de camino. Tener algo que decir sobre el entorno podría servirnos, ¿por qué no?, para entablar una conversación, para encontrar un tema común que se aleje un poco del dossier antes de volver a él.